

EL FIN DEL MUNDO EN TRES ESCENAS

Relatoría de Nodos: Mérida 2 | *P'áaytok'* (tumba, roza, quema)

Noviembre, 2024

Taller Nepantla (Gabriel Pérez y Cecilia Huber)

I. El Pasado: La primera quema

El peor día de la tierra sucedió en Yucatán. Hace 66 millones de años un asteroide se estrelló en la península y cambió al mundo para siempre. Este asteroide dejó un cráter que conocemos como Chicxulub¹. Este nombre pertenece a un pueblo próximo al cráter que en la lengua maya significa “pulga del diablo”.

Planetariamente, el impacto del asteroide radicalmente alteró toda la flora y fauna del planeta. La devastación se vivió a través de mega-tsunamis, terremotos, erupciones volcánicas, vientos a mil kilómetros por hora, y tanta ceniza que el cielo se oscureció por dos años, sepultando así el 75% de toda la vida. Este fue el fin de los dinosaurios, pero el comienzo de una nueva era tanto geológica como histórica. Todo lo vivo que conocemos, los animales, los bosques, los océanos florecen en abundancia después de que la tierra logra acomodarse. Esta tragedia, sin duda fue un fin del mundo, pero también el principio de un nuevo ciclo, no necesariamente mejor o peor, pero diferente: los mamíferos heredan una nueva tierra fértil y con ella primero la curiosidad y la conciencia, y después la cultura y el arte².

Invocamos a Chicxulub porque todavía vivimos las consecuencias de este evento. Desde el nombramiento del cráter, un acto de resistencia, intencionalmente nombrado así para hacerlo difícil de pronunciar para los investigadores del norte global, después de años de desestimar su existencia. Hasta como la región se define como un epicentro de la aventura, la hospitalidad y la inversión. Localmente, los mismos cenotes, tan culturalmente importantes para la mitología turística de la península, son evidencias del perímetro del cráter del impacto. Pensando desde lo global, toda la tierra, suelo, minerales y sedimentos esparcidos por la violenta fuerza del asteroide significa que hay un poquito de Yucatán sembrado alrededor de todo el mundo. Entonces, ¿Qué mejor lugar para pensar el fin del mundo que en la península Maya de Yucatán?

Pensar el asteroide y el fin del mundo es una manera de pensar el *P'áaytok'*, el concepto central de esta segunda iteración de Nodos en Mérida. En el pensamiento maya, el *p'áaytok'* marca el fin de un ciclo agrícola e inaugura el proceso de quemar los árboles, troncos y hierbas para así, preparar la tierra para que puedan rendir nuevos cultivos. Es el proceso de retornar los nutrientes esenciales al suelo y crear las condiciones para un nuevo florecimiento.

¹ Intencionalmente nombrado así para hacerlo difícil de pronunciar para los investigadores del norte global, después de años de desestimar su existencia.

² Si te interesa leer más sobre este tema, te recomendamos el ensayo “Consider the Dinosaur” de Dayton Martindaly, publicado en *Strange Matters*.

El p'áaytok' como práctica cultural se fundamenta en un conocimiento interconectado con la tierra, atenta a sus ritmos y en constante presencia con las condiciones del presente. Sin el p'áaytok' la tierra pierde vida, se seca, y genera monocultivos que dependen de pesticidas tóxicos. Esta filosofía nos recuerda que el tiempo no es lineal y es, en cambio, cíclico, aunque pensemos que estamos progresando hacia una dirección, siempre tendremos que volver a quemar y nutrir la tierra, siempre estaremos preparados para que el fin del mundo se repita.

Como metáfora, el p'áaytok' se nos recuerda la importancia de preparar el terreno social, quemar los viejos "troncos" (sea institucionales o mentales) que se encuentran en el camino para que así puedan emerger nuevas posibilidades, ritmos y experimentos en abundancia. Es decir, este acto de destrucción se vuelve el acto más responsable para honrar la tierra y sus comunidades. Solo mediante una destrucción calculada e intencional, podremos renacer y disfrutar de los nutrientes del nuevo ciclo.

II. El Presente: Construir con las ruinas

Tal vez fue la reciente presencia del Janal Pixán o el Día de los Muertos, pero la península Maya de Yucatán es un lugar tenebroso. El ambiente aparenta una especie de gótico maya, presente en las iglesias semidestruidas, espectros religiosos, la pérdida del lenguaje maya, pirámides consumidas por la naturaleza, edificios abandonados y en relatos colonialistas que culminan en genocidio y ecocidio. Por todo el territorio encontramos fantasmas, memorias ancestrales, voces de los muertos, bosques profundos y ruinas sagradas.

Este contexto sombrío se exacerbó durante este encuentro artístico dedicado al fin del mundo. Como participantes y relatores fue difícil ignorar el papel que juegan las ruinas, como metáforas y símbolos, en la escena cultural y artística de la región. Nos interesa expandir este estudio de las "ruinas" como lugar de enunciación y pensamiento. Es desde las ruinas donde encontramos una constante negociación regional entre el pasado, el presente y el futuro, y desde donde se desplazan conflictos y potenciales para una escena emergente.

Las ruinas son conversaciones con el pasado y son espacios desde donde se pueden construir alternativas. Comenzamos con algunas de las sedes que visitamos como el Espacio Social Anónimo de Yucatán (ESAY), un acrónimo muerto de la Escuela Superior de Artes de Yucatán, pero resucitado que ahora edifica un espacio artístico en las ruinas de una vieja oficina de ingenieros y contadores. Fue aquí donde se realizó la exhibición "En Un Hueco Una Tela, En La Tela Mil Arañas". La exhibición abrió un portal para visitar algunas ruinas culturales del pasado, donde pudimos apreciar proyectos colectivos y espacios culturales desde 1995. Se resaltó la importancia de dialogar con otro tiempo, como jugar con guiya, para así ver que nos pueden decir las múltiples iniciativas que existieron en la región.

También encontramos el Centro de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (CEPHCIS-UNAM) la cual vive en las ruinas del “Ex-Sanatorio Rendón Peniche” en donde se realizó la exhibición “Apariciones. Desde la mínima materialidad hasta la manifestación fantasmal de los deseos” una exhibición de artistas jóvenes que invitó a la audiencia a buscar las obras escondidas por la propiedad como cazafantasmas.

Finalmente, es fácil mencionar como la Universidad de las Artes de Yucatán emerge entre las ruinas de la vieja estación de tren, o como Salon Gallos está construido sobre un antiguo molino de avena, o como el Centro de Artes Visuales solía ser una antigua escuela primaria. Todos estos lugares solían ser otras cosas. Para el dramaturgo invitado, Anarcasis Ramos, durante la conversación de cierre, remarca cómo estos espacios transitados por Nodos ejemplifican sus propios “fines del mundo”, ya que demuestran la apropiación de “proyectos de progreso” fallidos. Estos locales, ya sean improvisados, rehabilitados o remodelados contienen entre sus paredes la historia política y económica de la región. En general, es una buena señal que lxs artistas puedan aprovechar estos espacios y acentuarse en el futuro de la región.

Es decir, se están aprovechando los esqueletos del pasado para crear nuevos espacios culturales. De la misma manera, después del impacto del asteroide, una nueva forma de vida emerge entre las ruinas de tanta destrucción. Siguiendo esta idea, ¿Qué puede hacer el arte en estos contextos de ruinas?

Las ruinas son cruciales para toda escena cultural porque sin ruinas no hay memoria. Sin ruinas no hay pasado. Sin ruinas no hay archivos. Las ruinas son necesarias para darle sentido a la identidad local. Existen como una constante negociación con otros mundos y nos invitan a reflexionar sobre cómo llegamos aquí y porque tanto contraste entre lo conservado y lo arruinado.

No queremos asumir un significado despectivo al concepto de ruinas. Por ejemplo, existe una gran diferencia entre una ruina y un vestigio sagrado. El concepto de ruinas se ha ocupado para invisibilizar la cultura que ya existe y quitarle valor simbólico al sitio. Que un sitio no sea conservado y protegido es una decisión política. Al mismo tiempo proyectos de inversiones inmobiliarias celebran que existan ruinas en sus propiedades para así incrementar los márgenes de sus ganancias.

¿Por qué algunos sitios se cuidan más que otros? ¿Qué fuerzas hacen que un sitio se arruine? Que existan ruinas significa que no todo se pudo destruir. Sin ruinas no hay evidencia del crimen. Parte de la estrategia colonial era la de eliminar todos los templos, comenzar desde cero. Entonces, las ruinas son monumentos de resiliencia, de que algo sobrevivió y de algo del cual se puede seguir aprendiendo. Aquí, las ruinas son al mismo tiempo una advertencia y un altar.

En distintos momentos durante el programa entramos en diálogo con diferentes tipos de ruinas. Por un lado Osval Katsím y Julián Dzul Nah compartieron un performance en Iin Ki Kalante que expuso el epistemicidio creado por el colonialismo, así dejando a un cuerpo en ruinas y fragmentado que sufre una desconexión con su propia lengua y cultura, culminando con un retorno a la tierra en forma de un entierro/pib. En el mismo aliento, la obra “CANEK: Alguna vez supimos leer las estrellas”, interpretado por Josue Maychí, fue una fuerte exploración del colonialismo, la resistencia y la identidad Maya a través de un diálogo generacional con familias y fantasmas del pasado. En estos casos las ruinas son sitios que, a través del performance, se pueden visitar, reconocer y restaurar.

Finalmente, también se puede jugar sobre las ruinas y sus escombros, como la niñez palestina siempre nos recuerda: es posible hacer de las ruinas un lugar de juego y diversión: un rechazo a la tristeza y a la impotencia. En la península maya los artistas y gestores están, de su propia manera, jugando entre las ruinas. Están criticando las estructuras monumentales del arte, el estado, el capital y la cultura, y están reinventando su propio camino.

Las ruinas siempre son una oportunidad para aprender, crecer e intentar de nuevo. Aún más, las ruinas son el espacio perfecto para que puedan crecer las telarañas, son estos espacios liminales que permiten que la naturaleza pueda crecer y fusionarse con estructuras humanas. Las arañas aprovechan la decadencia para construir y entrelazar sus estructuras. Una escena cultural saludable logra aprovechar y construir con las ruinas. Esto es parte del devenir yucateco: un proceso que ocupa todo el increíble peso abundante, hermoso, ancestral, violento, y profundo de la región y lo expresa con tanta vida en su arte, cultura y comunidad.

Enfrentados con estos fines del mundo la pregunta que nos debemos hacer es ¿En qué tipos de ruinas queremos morir? ¿En qué tipos de ruinas queremos vivir? La atmósfera tenebrosa y macabra de la región se enfrenta con una felicidad y una luz genuina, un optimismo, una afirmación de la vida, de que no hay que tenerle miedo al fin del mundo, en cambio, hay que trabajar, de igual forma que se cultiva el maíz, en colectivo. Solo así se puede preparar la tierra para los difíciles momentos que ya existen y que se aproximan.

III. El Futuro: El Tren Maya

En sus peores momentos, el arte contemporáneo se asemeja al Tren Maya. Es una industria que promete progreso, trabaja con buenas intenciones y seduce al participante a formar parte de un proyecto moderno y crucial para el bienestar de la humanidad. El arte contemporáneo igual que el Tren Maya acelera los flujos del capitalismo, la especulación financiera, el turismo y la gentrificación. Busca cómo extraer el máximo capital cultural de la tierra y ocupa la identidad indígena sólo como mano de obra barata (si no gratis) para construir sus propias instituciones y monumentos. Ambos ocultan su impacto ambiental y concentran el poder en las manos de una élite financiera, subsidiada por miles de artistas y

trabajadores jóvenes, ansiosos por profesionalizarse en un sector con pocos derechos laborales.

La industria del arte contemporáneo promete un buen viaje ininterrumpido para los turistas que navegan la escena tomando vino y rápidamente fotografiando al paisaje exterior desde la comodidad de sus asientos. Este tren está instalado sobre un carril fijo, inamovible, dirigido hacia una sola dirección y con una sola meta. Este mundo no puede ser desviado o alterado, depende del constante movimiento y constante aceleración de inversiones, exhibiciones, deudas, inmediatez y producción de estatus.

Dentro de este tren, es difícil reconocer el fin del mundo, es más, está determinado a ocultarlo. Uno cómodamente puede descansar en el aire acondicionado y celebrar la aparente armonía entre “las tres culturas”: la turística, la nacionalista y la indígena. Toda esta estructura promete un futuro libre de conflictos y, desde sus museos y galerías, interrumpen nuestra capacidad para pensar el presente. Es decir, promueve, desde pedestales, la colección de objetos fabulosos y construyen narrativas y cánones, que nos hacen olvidar las tragedias de la vida diaria. Dentro de este tren todo está escrito en maya, pero no hay personas mayas como pasajeros para poder leer los anuncios.

Si la región decide abrazar este tipo de visión del futuro, no hay que ir lejos para profetizar lo que se viene. Al este, desde donde sale el sol, se encuentran proyectos culturales como Playa del Carmen, Tulum y Cancún, totalmente dominado por un monocultivo estético la cual refleja un programa político que se puede exportar a toda la región. El arte contemporáneo no es inmune a este tipo de tendencias políticas ya que estos megaproyectos influyen en cómo se define una audiencia, en qué tipo de instituciones se construyen y en cómo el artista se piensa a sí mismo. Estos factores capitalistas determinan los límites de lo que se puede imaginar. La visión artística de este proyecto se basa en la netflixización de la cultura: una experiencia premium, mediática, instagrameable, apolítica y homogénea. Este proyecto prioriza la comodidad del turista y fabrica objetos banales bajo lemas de celebración cultural o consumismo ético. La experiencia estética es la misma, no importa si uno se encuentra desayunando en avenida Montejo, almorzando en Chichen Itzá o cenando en el aeropuerto de Cancún.

En este fin de otro fin del mundo dejan de existir las ruinas. Las ruinas se vuelven proyecciones decorativas de plástico, vacíos de significados y memorias. En este escenario las ruinas se destruyeron, se gentrificaron o se privatizaron, ya no son sitios de archivos, diálogos, conflictos o potenciales. Lo que está en juego es la homogeneización de la cultura o la dictadura de lo idéntico. La identidad se pierde y el futuro queda abandonado. No hubo tiempo para preparar la tierra y los nutrientes no lograron regenerar el campo, ya nada crece y se crea una co-dependencia con las estructuras dominantes.

Por más de 500 años recorre una frustración ancestral desde el pueblo maya, lo ancestral es saber que la crisis contemporánea se puede resolver celebrando el conocimiento, la vida y la cultura originaria, la cual ofrece una manera más responsable de convivir con la tierra y sus seres vivos. Lo frustrante es presenciar como sistemáticamente se ignoran estas voces que predicaban un fin del mundo, pero nadie hace caso. Como dice el dicho, es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

El arte en la región tiene la capacidad de democratizar quienes son los que pueden predecir de que el fin se acerca. Históricamente el acto de profesar el fin del mundo le pertenece a los sacerdotes o a los economistas, los cuales gozan del privilegio de estudiar sus textos y advertir lo que se aproxima. En cambio, democratizar el acto de profetizar es una invitación a poner atención a los ritmos de la tierra. Así mismo como se exploró en la exhibición Xook k'iin, Caminar el Tiempo en Iin ki Kalante, es un “proceso colectivo que nos invita a revestirnos de tierra” y “reconocernos vulnerables y capaces de cuidarnos mutuamente”. Ocupando el arte tenemos que mover el centro de enunciación para que ciertas voces sean escuchadas y ciertas ansiedades puedan ser consideradas como legítimas. Durante estos días en Nodos hemos visto que esta ética de enunciación se hace creando diálogos generacionales, preservando archivos, priorizando el saber de los pueblos periféricos, celebrando lo transdisciplinario, combatiendo esencialismos, y representando la realidad a como realmente es.

Desde la península maya de Yucatán podemos anticipar los conflictos globales que vendrán: crisis climáticas, desertificación, privatización de bienes comunales, despojo de tierras, incremento de la inequidad económica, destrucción masiva de la flora y fauna, pérdida del lenguaje y pacificación de la cultura de resistencia: un amanecer terrorífico. La región está en la primera fila al frente del conflicto. Tenemos mucho por aprender y muchos están comenzando a prestar atención. Los artistas tenemos que recordar que toda obra de arte es profética. Toda obra de arte contiene un comentario sobre el futuro. Cuando dejamos de hacer arte es cuando dejamos de tener esperanza en el futuro. Seguir construyendo, a pesar de todo, es la mejor estrategia, así nosotros podemos participar en la preparación del P'áaytok'.